

SENTIRSE BIEN A PESAR DE TODO

¿POR QUÉ DIOS CREÓ LAS MOSCAS?

XAVIER GUIX



¿POR QUÉ DIOS CREÓ A LAS MOSCAS?

Xavier Guix

Créditos

Edición en formato digital: marzo de 2016

© Xavier Guix, 2016

© Ediciones B, S. A., 2016

Consell de Cent, 425-427

08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

ISBN: 978-84-9069-389-6

Conversión a formato digital: www.elpoetaediciondigital.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*A mis maestros, los de casa, los que me precedieron,
los que me encontré, los que están por llegar.
Gracias por mostrarme el camino. Gracias por
recordarme lo que realmente importa.*

¿POR QUÉ DIOS CREÓ A LAS MOSCAS?

Introducción

Cada libro tiene su historia. Cada libro escenifica los caminos por los que transita el autor, lo retrata. Cada libro es una decisión: ¿De qué hablaré? ¿Se puede hablar de algo que no se esté viviendo? Y un montón de pequeños detalles. ¿Trataré solo un tema, varios, lo haré más personal, más académico, más divulgativo, de menos páginas, ilustraciones sí o no, qué título? Cada libro te interroga porque te confronta contigo mismo. No escribes lo que quieres sino lo que aparece en tu mente. Quizá luego corriges, pero salió. Y eso que salió da que pensar.

Queda claro, entonces, que el resultado final de lo que uno escribe suele coincidir poco con la primera intención. Por el camino te complicas la vida, te entrometes en asuntos que no habías pensado, a veces saltas al vacío y escribes sintiéndote extraño de ti mismo. Escribir, sin ánimos de fantasear con tus propias alucinaciones, es abrirse al intento de encontrar alguna verdad entre tus verdades; alguna verdad que también lo sea para el resto del mundo. Antes, en libros anteriores, me era imposible escribir cuatro líneas sin citar a algún otro autor, cuanto más célebre mejor. Con el tiempo te desprendes de tan ilustres muletas y hablas desde ti, desde la experiencia propia, hablas de corazón y con tus propias palabras. Citas lo justo, lo necesario. Dejas que las palabras lleguen sin buscarlas, sin quererlas encajar en lo previsible o en la moda imperante.

Sin embargo, no pierdo de vista que escribo un libro divulgativo y no una biografía. Tampoco tengo una vida tan extraordinaria como para despertar un gran interés, curioso o morboso, sobre mis avatares. Un lector fiel y avisado me

ha podido conocer en cada libro, ya que no he ahorrado mis propias experiencias como fuente del conocimiento compartido. Dicen que hay que predicar con el ejemplo, aunque un exceso de ejemplaridad, en este caso, podría asemejarse a un *striptease* intelectual, un maldito narcisismo oculto entre ingeniosas historias.

Mi intención, tal vez, no es otra que mantenerme cercano al lector, generar una proximidad que empieza con un trato directo, hablándote a ti, aunque también sé que mis rodeos estilísticos y algunos contenidos no facilitan una lectura cómoda, aunque procuro que sea ordenada. Exijo, sin ser muy consciente de ello, la misma pasión que me anima por esos temas que rondan entre la psicología, la filosofía y el autoconocimiento. Siento defraudar al que busca fórmulas infalibles. El que prefiere conocer la conducta humana y repensarse a sí mismo, encontrará lo suficiente.

Este libro es mi treceava producción. Un número mágico, cabalístico, trece es la versión numérica de la palabra *Ejad*, que significa «uno» o «único». Por tanto es un libro algo especial. Un libro que despliega toda una etapa vivida y que necesita ser contada, en lo que concierne a los aprendizajes que puedan ser útiles para la mayor gente posible. No trato un tema en concreto, sino que concreto sobre temas implicados en los procesos de autoconocimiento. Son aquellos que he aprendido al lado de diferentes maestros de vida, y que han contribuido a mi propia transformación. Los he ordenado por frases, más sencillas de identificar, aunque reservo los primeros y los últimos apartados para profundizar en dificultades de fondo que no había abordado anteriormente. Es un libro sin orden, pero que habla de cómo ordenar nuestra vida y acercarla al bien.

Metafóricamente, lo que aquí se trata es de cómo andar sobre el agua. El campo de nuestras manifestaciones psíquicas es el campo de lo sutil. Luego se materializa en lo denso. Lo físico es movido por lo energético y lo energético por lo sutil, es decir, por el pensamiento, por esa zona donde habita la inmaterialidad, la vida tangible, pero que repercute de lleno en nuestra corporeidad. Por eso, hablar

de lo que aquí se hablará es andar sobre el agua, andar sobre aspectos de apariencia líquida pero que poseen la fuerza de hacer sólida una identidad, una vida.

El flujo entre la atención, la intención y la conducta es el puente entre el caos y el orden. El caos de la multiplicidad de imágenes que revolotean por la mente y los miles de estímulos que nos rodean, se ordena a partir de la palabra manifestada y la acción escogida. Entre la intención y la conducta existe, para el humano que quiera ser libre, una elección. La palabra y la acción quedan entonces envueltas en un orden que llamamos ética.

Andamos sobre el agua porque todo es impermanente, incierto, y porque la palabra «agua» no moja. Para mojarse hay que adentrarse en el agua. Dentro del agua no hay palabras. Solo el silencio y la presencia. Este libro anda por el agua, como invitación a sumergirse en lo profundo, y sugiere que el andar, o el bucear, sea ligero, sin cargas del pasado, con la confianza puesta en la rendición a la experiencia.

Sé paciente en la lectura del libro. La gozarás más. Te hará más bien. No te atasques en lo desconocido o ante lo incomprendido. Sigue adelante. A lo largo de su lectura encontrarás diferentes maneras de llegar a los mensajes esenciales que esconde. Muchas ideas te resonarán, te parecerán reconocibles e incluso superadas, pero sigue adelante. Cada reflexión contiene su singularidad y al final podrás llevarte contigo un poco de mí. Nada me gustaría más que el libro se convirtiera, para ti, en una auténtica inspiración. La misma que yo recibí de diferentes personas que han sido mis maestras. Como gratitud a todas ellas, escribo sobre lo que aprendí a su lado. Y lo mejor que aprendí es cómo llevar una vida buena, cómo sentirse bien a pesar de todo.

¿Por qué Dios creó las moscas?

La escena es fácilmente reconocible. Uno se sienta ante uno de los paisajes más hermosos de la tierra, junto a la persona más hermosa que pueda existir. Solo ella cabe en ese lugar. Los dos, juntos, abrazados, contemplando el mismo horizonte, sintiendo la misma emoción, disolviéndose en la escena convertida ya en unidad, en totalidad. Tamaña plenitud no cabe en el pecho.

De repente, algunas moscas devuelven tanta perfección al escenario terrenal al que pertenece. El zumbido de su aleteo se convierte en una incómoda banda sonora. Su obstinada dedicación a posarse en la piel rompe la actitud contemplativa, cambia el foco, y los gestos ahuyentadores rompen definitivamente aquel formato de eternidad. Es más, las moscas crecen y se les añaden mosquitos. Ante la posibilidad de una marabunta se impone salir de ese lugar y cobijarse. Se acabó la perfección. Se impuso el mosquito.

La impertinencia e inoportunidad de las moscas genera animadversión, así como la mayor de las incomprensiones. En la segunda encíclica papal de Francisco, *Laudato si'*, sobre el cuidado de la casa común, el sumo pontífice expresa que la contemplación de lo creado nos permite descubrir a través de cada cosa alguna enseñanza que Dios nos quiere transmitir. ¿Qué es lo que Dios quiere que aprendamos de las moscas? Como su antecesor, san Francisco, es más fácil amar al Hermano Sol y a la Hermana Luna. Es admirable el fuego, el agua, los elementos... pero ¿y las moscas? ¿Qué tendrán las pobres que todo el mundo se las quiere quitar de encima!

Huelga decir que, funcionalmente hablando, las moscas son de una importancia excepcional, tanto en el consumo y eliminación de los cadáveres de animales, como en convertir la materia fecal y la descomposición de la vegetación. Pero como todo tiene su opuesto, también son transmisoras de enfermedades infecciosas.

La mosca, como símbolo de valor indomable, insistencia y tenacidad frente al conflicto, era el mayor galardón militar en la cultura egipcia, la más alta distinción concedida por el faraón a sus valientes. En cambio, en la cultura griega fue retratada como la malvada. Conocido es el caso de Myiagros, dios que ahuyentaba las moscas durante los sacrificios a Zeus. En la Roma imperial era sabido que en el templo de Hércules jamás entraban las moscas, por más que el afamado héroe no logró en vida ahuyentarlas. También los judíos consideraban de feliz presagio que nunca se viera una mosca en el templo de Salomón. La pregunta sigue en pie: ¿para qué Dios creó las moscas?

Literariamente hablando, las moscas también han sido motivo de inspiración. Sartre escribió *Las moscas*, una pieza teatral con estos insectos como alegoría. Antonio Machado, por su parte, dedicó uno de sus poemas a esas golosas:

*Vosotras, las familiares,
inevitables golosas,
vosotras moscas vulgares,
me evocáis todas las cosas.*

No cabe duda, la presencia de las moscas lo evoca todo porque tienen la habilidad de posarse en todas partes, se entretienen y nos distraen muy a nuestro pesar. No obstante, ahí están, cumpliendo su misión. Dado que en lo funcional no cabe demasiada discusión, las moscas no son el motivo de este libro, sino su metáfora. En el supuesto de que una fuerza creadora, un motor inmóvil que diría Aristóteles,

hubiera ideado el mundo tal como lo conocemos, lo más probable es que hubiera incluido la imperfección. ¿Para qué? Para que la perfección tuviera su opuesto. De no ser así, ¿qué valor tendrían las cosas? ¿Cómo distinguiríamos lo que está bien y lo que no? ¿Tendríamos libertad para escoger?

De esta manera, podemos concluir que lo perfecto es que exista lo imperfecto. La perfección es inhumana. Si algo nos identifica y se convierte en experiencia común es la imperfección. Si algo evoca un amor compasivo es el saber-nos imperfectos. Así, perfección e imperfección, al convertirse en dos aspectos de la misma cosa, nace el dilema, la encrucijada, los caminos opuestos, la maldita elección.

Nadie nos puede ahorrar los dolores de cabeza que genera intentar transitar por los opuestos, a los que también llamamos «dualidades», «polaridades», «extremos», «contrarios» e incluso «relativos». Los sufrimos mayormente porque solemos quererlo todo, porque no nos gusta renunciar a nada, quedarnos solo con una parte. Pero, además, tememos el error, la equivocación, las siempre inciertas consecuencias de nuestras decisiones. Y ¿no es el escoger la mayor de nuestras angustias? Nos angustiamos porque las moscas son como los pensamientos, o los pensamientos como las moscas, intrusivos, inesperados, zumbantes, reiterativos, obstinados, golosos, evocadores. ¿Y qué nos puede impedir sentirnos bien sino las dialécticas mentales? ¿No son los opuestos nuestras «moscas cojoneras»? ¿No quedamos atrapados muchas veces en dilemas que parecen irresolubles?

Del mismo modo, la impaciencia y la perturbación ante lo que se impone a nuestra realidad, como las moscas, como tantas pequeñeces de nuestra vida cotidiana que nos disgustan desproporcionadamente, obedece a nuestra exigencia de perfección. El umbral de tolerancia hacia lo que se muestra imperfecto, solo a nuestros ojos, demuestra lo exigentes que nos hemos vuelto ante la «insoportabilidad» de ver incumplidas nuestras expectativas. Un trato, por cier-

to, injusto cuando se trata de nuestras propias imperfecciones.

A menudo, la exigencia de perfección tanto puede ocultar un autoconcepto inflado, exagerado y narcisista de nosotros mismos, como todo lo contrario: una imagen desinflada, odiosa y resentida de nuestra interioridad. El tema, entonces, no consiste en discutir sobre los niveles de autoexigencia, sino en la compensación neurótica que se ha establecido entre el verse perfecto y el sentirse imperfecto, por no decir una «mierda», como escucho algunas veces. Hay que ver lo bien que queda vestirse de autoexigencia, para luego justificar nuestros pobres recursos. En lugar de reconocer, con humildad, los límites de nuestras capacidades, preferimos hacer ver que si no alcanzamos nuestros propósitos es por lo muy autoexigentes que somos. O por lo malos que llegan a ser los demás.

Todo tiene mucho que ver con nuestra actitud ante la vida y, sobre todo, con cómo funciona el manejo de nuestra mente y las emociones que causa. Lo más probable es que llegáramos al acuerdo de que nada como el dar vueltas a las cosas, pensarlas demasiado, es el motivo de nuestros mayores malestares existenciales. Y de lo pensado, nada resulta tan extenuante como intentar resolver dualidades. Nada que ver con aquel axioma que nos enseñó el maestro Oriol Pujol Borotau: «La vida es un misterio a vivir y no un problema a resolver.»

Ya de antiguo se conoce la realidad de los opuestos. El egiptólogo Barry J. Kemp cuenta que los antiguos egipcios se interesaron enormemente por el concepto de un universo entendido como equilibrio entre dos fuerzas contrarias: la una encaminada al orden y la otra al desorden. Un texto hermético tan antiguo como el *Kyballión*, atribuido a Hermes Trismegisto, tiene como uno de sus principios filosóficos el de polaridad, que encierra la verdad de que todas las cosas manifestadas tienen dos lados, dos aspectos, dos polos; un par de opuestos con innumerables grados entre ambos extremos. De ello dan cuenta aforismos del tipo:

«Todo es y no es al mismo tiempo», «Toda verdad es medio falsa», «Siempre hay un reverso para cada anverso».

Para Jung, los opuestos son necesarios para definir cualquier entidad o proceso, ya que el extremo de una visión ayuda a definir la otra. En su jerga es fácil apreciar opuestos como *consciente/inconsciente*, *extraversión/introversión*, *racional/irracional*, *imagen/instinto* o *eros/logos*. Desde esta perspectiva analítica, los opuestos nos obligan a un ejercicio de síntesis, de equilibrio, casi una lucha extenuante para no caer en ningún extremo, como ya pronosticó Kierkegaard, el filósofo, al que acudiré en diversas ocasiones. De esta manera, la neurosis puede verse como un desarrollo desequilibrado o unilateral que surge del dominio de uno de los términos del par. Es como sentirse poseído por una de las partes. Metafóricamente, o por el angelito que habla en una oreja, o por el demonio que se encarga de la otra.

A mí me gusta observar los opuestos como los límites del flujo del vivir. Es como si supiéramos que los extremos son los que nos ayudarán a saber encontrar el centro. De hecho, centrarse no consiste en mantener una postura zen o un equilibrio inmaculado. Centrarse es darse cuenta del extremo al que hemos ido a parar y corregir la posición hasta encontrar el punto que nos centra, imposible de igualar para todo el mundo.

Ese es el vivir humano, porque somos dinámicos, porque todo está en movimiento, porque todo cambia y nunca somos los mismos. Por eso elogio la imperfección, como las moscas, porque nos mantiene en el espíritu inquieto y creativo, inconformista y utópico. Buscamos la perfección porque nos sabemos imperfectos. Lo paradójico del caso es que la perfección existe si, en lugar de pelearnos con las moscas, somos capaces de ver el paisaje, con la mosca como parte de él.

El problema entonces no es entender que la vida parte del principio de la polaridad, sino del lío monumental que supone tener que elegir. No existiría problema alguno si de lo elegible, una cosa nos gustara más que la otra, o si de

dos condiciones adversas una fuera la más temible. Lo fastidioso es que nos cuesta elegir porque, lo uno y lo otro, están a la par, tienen el mismo interés o el mismo temor. En igualdad de condiciones, elegir se convierte en un dilema. Lo queremos todo. Y también quisiéramos no tener que escoger. Pero hay que decidirse, tomar partido, preferir, decantarse.

Si todo el problema consistiera en decidir sobre el color de una camisa, el largo de una falda o dónde ir de vacaciones, quizá no habría para tanto. Sin embargo, todo cambia cuando lo que hay que resolver es un dilema. ¿Le decimos a mamá el diagnóstico? ¿Vacunamos a los hijos? ¿Rompe-mos esa relación de tantos años? Este tipo de decisiones requieren pasar por diferentes etapas. Precisan de cierto lapso de tiempo. Para eso existe el discernimiento, la reflexión serena o la consulta con la «almohada». En cambio, doblamos la trampa cuando todo se encierra en uno de los extremos (o blanco o negro) y además se convierte en un asunto urgente. Para el color de una camisa todo es más simple, en apariencia. Lo curioso del ser humano es que hace complejo lo simple y, al contrario, pretende hacer simple lo complejo.

Leía hoy en un periódico el rosario de pleitos planteados en Estados Unidos por el dilema de los embriones congelados. Todo va bien mientras la pareja sigue junta. Pero, en caso de separación, ¿qué ocurre con esos embriones? Los tribunales se dividen en opuestos. Unos protegen el deseo de procrear (aún más si existe una enfermedad que lo impida), mientras que otros protegen los contratos establecidos, es decir, el derecho a destruir esos embriones o evitar la procreación si la pareja ha roto la relación. Los dilemas morales y legales están a la orden del día, lo que muestra lo compleja que hemos convertido nuestra manera de estar en la vida.

Otros dilemas nos los montamos solitos. Se basan en la dialéctica entre lo que se supone que somos y lo que deberíamos ser. Reducimos nuestra experiencia a una «manera de ser», equívoca y defectuosa, comparada con otra

ideal que rozaría la perfección. Nunca estamos en paz porque, de esta manera, vivimos en tierra de nadie. No somos lo que quisiéramos ser, ni sabemos querer lo que somos. Ese es el error dialéctico: *Quiero pero no puedo; puedo pero no quiero. Sé pero no tengo; tengo pero no debo; debo pero no sé.* El defecto deviene personalidad, y de ahí no hay manera de salir.

No queda otro remedio que conciliar los opuestos, reconociendo este principio de polaridad. La luz y la oscuridad son polos de la misma cosa. Bueno y malo no son valores absolutos, como no hay absoluto en el amor y en el odio. Todo es transmutable. Tampoco nosotros somos absolutos. Si tenemos un yo es porque hay una conciencia que procura encontrar el equilibrio entre tantas tensiones opuestas. Si no existiera esa parte autorreflexiva quizá viviríamos apresados entre pulsiones.

Por lo general, las dialécticas con nosotros mismos no sirven para nada, excepto para una cosa: no tomar decisión alguna, atascarnos, amedrentarnos. Intentar resolver dualidades es como intentar convencer a un crío de que debe pensar antes de actuar. A esos opuestos deberíamos dejarlos correr, saltar la pantalla, como se dice ahora, dejarlos reposar, no darles mayor importancia que la de un juego de la mente. No obstante, parece inevitable. Parece propio de la condición humana. Parece que hay que perecer entre dudas, bloqueos y sufrimiento si queremos encontrar, por fin, solución a nuestras dialécticas o dualidades cotidianas.

Entonces, si las dialécticas mentales no sirven para nada, ¿por qué las practicamos tanto? ¿Qué incomprensible utilidad pueden tener? Aquí te dejo algunas razones. Seguramente no están todas, pero son las más recurrentes:

La primera razón atañe a nuestra naturaleza consciente y consciente de sí misma, es decir, reflexiva: las personas somos una relación con nosotros mismos. Somos un yo actor y también un yo reflexivo. Esos dos yoes se relacionan entre sí, se buscan, se explican, se consideran, se aprecian o se menosprecian. De ahí nacen nuestros «autos» (autoconciencia, autoimagen, autoconcepto, autoestima, autoefica-